

so en camino para Zaragoza; pero queriendo pasar por Aranjuez halló tan delicioso aquel Sitio que se detuvo tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el Ministro ir á Cuenca, donde le tenia dispuestas tales diversiones que permaneció largo tiempo en aquella Ciudad. De allí se transfirió á Molina de Aragon, donde la caza le embelesó por muchos dias. Llegó al cabo á Zaragoza, de donde estaba poco distante el ejército. Al fin el Conde Duque le disuadió de ir á él haciéndole creer que se exponia á peligro de caer en manos de los Franceses, los quales ocupaban todas las llanuras de Monzon, tanto que atemorizado el Rey de un riesgo meramente imaginario, resolvió mantenerse encerrado en su Palacio como pudiera en una prision. Aprovechándose el Ministro de aquel pánico terror, con pretexto de velar sobre la seguridad de su Real Persona, era, por decirlo así, como una centinela de vista, de manera que los Grandes despues de haber hecho excesivos gastos para seguir con la correspondiente decencia al Soberano, no tuvieron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Cansado finalmente el Monarca ó de estar mal alojado en Zaragoza, ó de perder el tiempo en ella, ó acaso de verse allí prisionero, se restituyó quanto antes á Madrid, dexando al Marques de los Velez, General del ejército, el cuidado de mantener el honor de las armas Españolas.

CAPITULO IX.

De la rebelion de Portugal, y caida del Conde Duque.

Pocos dias despues comenzó á correr por Madrid una mala nueva. Decíase que los Portugueses aprovechándose del levantamiento de Cataluña, y pareciéndoles ocasion muy oportuna para sacudir el yugo de la dominacion de España, habian aclamado al Duque de Braganza por Rey de Portugal, bien resueltos á mantenerle en el Trono sin miedo de que España lo pudiese estorbar estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era facil hallar coyuntura mas favorable para librarse de la dominacion de sus vecinos.

Lo mas singular fue que quando la Corte y toda la Nacion se hallaban en la mayor consternacion por aquella novedad, el Conde Duque quiso divertir al Rey con sarcasmos, díchicos y agudezas á costa del Duque de Braganza; pero el Rey lejos de prestarse á sus insípidas é importunas graciosidades, se revistió de un ayre serio que enteramente le desconcertó, haciéndole presentir su inminente desgracia. Acabó el Ministro de dar por cierta su caida quando supo poco despues que la Reyna abiertamente se habia declarado contra él, dicién-

do públicamente que su mala administracion habia dado motivo á la rebelion de Portugal. Luego que la mayor parte de los Grandes, especialmente aquellos que habian seguido al Rey en el viage á Zaragoza, reconocieron la tempestad que se iba levantando contra el Conde Duque, se declararon por la Reyna. Pero la que dió el último golpe decisivo fue la Duquesa viuda de Mantua, Gobernadora que habia sido de Portugal. Esta Princesa vino de Lisboa á Madrid, donde hizo ver claramente al Rey que de la rebelion de los Portugueses solo tenia la culpa la conducta de su primer Ministro.

Hizo tanta impresion en el ánimo del Monarca el discurso de aquella Princesa, que desde el mismo punto desapareció la caprichosa obstinacion con que en todo y por todo aprobaba quanto hacia y decia su Privado, despojándose en un instante de todo el amor que le profesaba. No bien llegó á noticia del Ministro que el Rey daba oidos á las quejas y murmuraciones de sus enemigos, le escribió pidiéndole licencia para renunciar su empleo y retirarse de la Corte, puesto que se le hacia la injusticia de imputar á su Ministerio todas las desgracias que durante él habian sucedido á la Monarquía. Pareciale que esta súplica haria grande efecto en el corazon del Rey, suponiendo que todavia se conservaria en él la inclinacion que bastaba para no consentir jamas en semejante retiro;

ro; pero la respuesta de S. M. fue que venia en concederle el retiro que pedia, y que así podia irse á donde mejor le pareciese.

Estas pocas palabras escritas de propio puño del Rey fueron como un formidable trueno que dexó aturdido al pobre señor, el qual nada menos esperaba. Con todo eso disimuló su sentimiento, y afectando serenidad y constancia, me preguntó, ¿qué haria yo si me hallase en igual caso? Respondíle, que facilmente tomaria mi partido, abandonando para siempre la Corte, y retirándome á alguno de mis Estados á pasar tranquila y dulcemente lo restante de mi vida. Piensas como se debe pensar, repuso el Conde. Lo mismo quiero hacer yo: retiraréme á Loeches despues de haber hablado una sola vez con el Monarca para representarle que hice quanto era posible en lo humano para llevar la pesada carga que tenia sobre los hombros, sin que tuviese mas culpa en los siniestros sucesos de que me acusan, que la de un hábil piloto que no pudiendo contrarrestar la violencia de los vientos, ni el ímpetu de las olas, vé naufragar el baxel desobediente al timon. Lisonjeábase el Ministro de que aun podia aquietarse el Rey, y volver las cosas al estado en que se habian hallado; pero no pudo conseguir audiencia, antes bien se le envió á pedir la llave con que entraba en el quarto del Rey siempre que queria.

Conoció entonces que ya no le quedaba esperan-

ranza, y se resolvió buenamente á retirarse. Examinó sus papeles, y quemó gran parte de ellos en lo que obró con mucha prudencia. Nombró los dependientes y criados que le habian de seguir, y ordenó que todo estuviese pronto para partir al día siguiente. Temiendo que al salir de Palacio le insultase el populacho, se levantó muy de mañana, y antes de amanecer salió por la puerta de las cocinas; y metiéndose en un mal coche con su confesor y conmigo, tomó tranquilamente el camino de Loeches, pueblo corto, de que era Señor, donde la Condesa su muger habia fundado un Convento de Religiosas. En menos de quatro horas nos pusimos en él, y poco despues llegó el resto de la familia.

CAPITULO X.

Cuidados que inquietaron al Conde Duque; síguese á ellos una dichosa tranquilidad; género de vida que entabló en su retiro.

La Condesa Valdeories dexó partir á su marido á Loeches, y ella se quedó en Madrid con la esperanza de alcanzar su regreso al Ministerio por medio de sus lágrimas y de representaciones. Echóse á los pies de sus Magestades, pe-

ro nada pudo obtener. El Rey no hizo aprecio de sus memoriales, y la Reyna que la aborrecia de muerte se complacia en verla llorar. No por eso se acobardó la esposa del Ministro desgraciado: abatióse hasta implorar la protección de las damas de la Reyna: baxeza que solo produjo el fruto de moverlas á desprecio mas que á compasion. Afligida y aun avergonzada de haberse abatido tanto sin otro efecto que el de haberse envilecido, se fue á juntar con su esposo para llorar con él la pérdida de un empleo, que ademas de ser el primero de la Monarquía, era en aquel reynado de un poder casi no imaginable.

La relacion que hizo la Condesa del estado en que habia dexado las cosas en Madrid, aumentó extraordinariamente la aflicion del Conde su esposo. Vuestros enemigos, le dixo llorando: el Duque de . . . y los demas Grandes que no os pueden ver, incesantemente adulan al Rey aplaudiendo la resolucion de haberos separado del Ministerio; y el pueblo celebra con insolencia vuestra desgracia, atribuyendo todas las que padece el Estado á vuestra desierta administracion. Señora, la respondió mi amo, imitad mi exemplo: llevad con resignacion vuestros disgustos, como procuro yo hacerlo con los míos, y cedamos con valor á una borrasca que no podemos desvanecer. Creía yo, es verdad, que podria perpetuar mi valimiento mientras me durase la vida, ilusion ordinaria

en los Ministros y privados, los cuales se olvidan por lo comun de que su suerte depende de la voluntad, y aun tal vez del capricho del Soberano. El Duque de Melar se engañó tanto como yo, persuadido á que en la Púrpura que le adornaba tenia seguro fiador de la perpetua duracion de su autoridad.

Así procuraba el Conde Duque consolar y confortar á su esposa exhortándola á la paciencia, siendo así que él padecía una agitación que se hacía mayor todos los dias con las cartas de Don Enrique, que permaneció en Madrid para observar quanto pasaba en la Corte, y avisar de todo exáctamente. El portador de estas cartas era Scipión, que se había quedado en casa del hijo adoptivo de S. E., de la qual había salido yo inmediatamente despues de su matrimonio con Doña Juana Vascelo. Dichas cartas venían siempre llenas de noticias poco gustosas, y era lo peor que en las circunstancias no se podían esperar otras. Decia en unas que no contentos los Grandes con haber derribado al Conde Duque hacían quanto podían para que todas sus criaturas fuesen removidos de los empleos que ocupaban, y reemplazados por los quejosos y enemigos del Ministro caido. Avisaba en otras que iba entrando en favor Don Luis de Haro, quien segun todas las señales seria declarado primer Ministro. Pero entre todas las noticias que desazonaban á mi amo, la que le llegó mas al alma fue la novedad que se

hi-

hizo en el Vireynato de Nápoles, despojando de él á un grande amigo suyo, y dándoselo á otro señor á quien nunca había podido tragar. Puede decirse que en el espacio de tres meses todo fue disgustos, inquietud y turbaciones para el pobre Conde Duque; pero su confesor que era un Religioso tan exemplar como docto y elocuente, halló modo de consolarle, confortarle y serenarle. A fuerza de representarle con energia, con dulzura y con viveza que ya no debía pensar en otra cosa que en la salvacion de su alma, logró desprenderle enteramente del espíritu de Corte. Dixo públicamente S. E. que ya no queria saber noticia alguna de Madrid; ni pensar mas que en disponerse para una buena muerte. La Condesa aprovechándose tambien por su parte del desengaño y de la oportunidad que la ofrecia aquel retiro, halló en el Convento de Religiosas que había fundado, todo el consuelo que podia desear, preparado amorosamente por la divina Providencia. Había entre aquellas Religiosas algunas de particular virtud, cuyas santas conversaciones insensiblemente fueron labrando en su corazon de manera que convirtieron en una dulce y alegre tranquilidad todas las amarguras de su vida. Al mismo paso que el corazon del Conde iba echando de sí los pensamientos del mundo y desprendiéndose de todo lo que olia á cuidados y novedades de Corte, se iba arraygando mas y mas en su alma aquella dulcísima paz.

-A-

PP 2

En-

Entabló un género de vida y una disiribucion de horas en la manera siguiente. Pasaba casi toda la mañana en la Iglesia de las Monjas oyendo misas, iba despues á comer, tenia sobre mesa una corta conversacion, levantaba ésta, y se divertia por espacio de dos horas jugando conmigo, y con otros criados de su mayor confianza. Concluido el juego se retiraba á su gabinete, donde se mantenía hasta puesto el sol. Entonces salía á dar un paseo por el jardin ó tomaba el coche y daba una vuelta por las cercanias del Lugar acompañado siempre de su Confesor ó de mi, y á veces de entrambos.

Un dia que S. E. y yo íbamos solos, me tomé la licencia de decirle: Señor, no puedo contener mi consuelo, y aun mi gozo viendo como veo que V. E. comienza á no echar menos el bullicio y el tumulto del mundo, y que se acostumbra al retiro y á la quietud. Estoy ya tan acostumbrado (me respondió) que aunque siempre he vivido entre el ruidoso estruendo de los mayores negocios, cada dia voy tomando mas gusto á esta vida tranquila, silenciosa y feliz.



CA-

CAPITULO XI.

Apodérase del Conde Duque una repentina y profunda melancolia: su causa y sus efectos.

Divertiase algunas veces el Conde por variar sus ocupaciones en cultivar su jardin. Estábale yo un dia viendo en aquel inocente trabajo, y me dixo en un tono entre serio y festivo: ¿qué te parece, Santillana? ¿No es un espectáculo tan extraño como divertido el ver á un Ministro desterrado de Madrid hacer de jardinero en Loeches? Señor, le respondí en el mismo tono: me parece que estoy viendo á Dionisio Siracusano dando la ley en Sicilia, y enseñando despues á leer y escribir á los niños de Corinto. Sonrióse un poco el amo, y mostro que no le desagradaba el cotejo.

Toda la familia estaba contentísima y admirada de ver al Conde tan superior á su desgracia, rebotando gozo en una vida tan diferente de la que habia tenido hasta allí, quando todos advertimos en él una repentina mudanza que palpablemente iba creciendo, y nos llenó de grandísimo dolor. Vimosle taciturno, pensativo, y como abismado en una profundísima melancolia. Abandonó todo juego y pasatiempo, huía de la gente, y se mostraba insensible á quanto po-

podíamos hacer y discurrir para divertirle. Luego que acababa de comer se encerraba en su cuarto, de donde no salía hasta la noche. Pareciónos que aquella tristeza podía tener origen en la memoria de la grandeza pasada, y en este concepto procuramos dexarle solo con el Religioso su confesor; pero su eloquencia tampoco pudo triunfar de la melancolía del Duque, antes bien cada vez se descubria mayor.

Ocurriome que la tristeza del Ministro podía nacer de algún motivo ó disgusto reservado que no quería manifestar, y habiéndole encontrado un día estando solos los dos: Señor, le dixé con cierto ayre de amor y respeto; ¿será lícito á un humilde criado hacer una pregunta á su benignísimo amo y generosísimo bienhechor? Pregunta lo que quisieres, me respondió, que yo te lo permito. Pues, Señor, le repliqué, ¿á donde se ha ido aquella alegría, aquella satisfaccion que con tanto consuelo nuestro estábamos todos viendo en el semblante de V. E.? ¿Ha perdido aquella magnánima superioridad con que ponía á sus pies todos los reveses de la fortuna? ¿Será acaso posible que la pérdida del favor excite nuevos tumultos en ese corazón tan superior á todas las humanas revoluciones? ¿Querrá V. E. volver á sumergirse en aquel abismo de amarguras é inquietudes de que felizmente le habia libertado su heroyco y christiano modo de pensar? No, gracias al Cielo, respondió el Conde,

ya

ya no me inquieta la memoria del gran papel que representé en el teatro de la Corte; olvidé para siempre todos los honores que me rendian, todo el incienso que me tributaban. Pues, Señor, le repliqué, si V. E. ha podido echar de sí todas esas memorias, ¿por qué se dexa dominar de una melancolía que affige y atormenta á todos sus fieles y amantes servidores? ¿Qué tiene V. E., señor? ¿Qué tiene? prorumpí arrojándome á sus pies y bañándoselos con lágrimas. Algun grande y secretísimo disgusto está despedazando ese su angustiado corazón. ¿Querrá V. E. hacer un misterio de ello á su favorecido Santillana, cuyo amor, zelo y fidelidad tiene tan íntimamente conocidos? ¿Qué delito es el mio para haber desmerecido su antigua confianza?

No la has desmerecido, repuso el Conde, la posees tan entera como la poseías; pero confieso que me cuesta mucha repugnancia, y aun estaba tambien por decir vergüenza revelarte el motivo de la tristeza en que me ves sepultado: sin embargo no debo ni puedo negarme á las instancias de un criado y de un amigo tan verdadero y fiel como tú; solo Santillana me podría merecer que le hiciese semejante confianza. Así es, prosiguió, que soy desgraciada presa de una voraz melancolía que me roe las entrañas, y me va acortando los días de la vida. Casi cada momento estoy viendo una fantasma ó un espectro que se pone delante de mí en una fi-
gu-

gura espantosa. Inútilmente pretendo persuadirme á mí mismo que es mera ilusion, sombra imaginaria en que nada hay de realidad, mentida representacion de la alterada fantasia: sus continuas apariciones me turban y me trastornan. No tengo tan perdida la cabeza que no conozca ser esto soñar con los ojos abiertos; pero tampoco es tanta mi fortaleza que no dexé de afligirme mucho esta molestisima vision. A esta vergonzosa confesion me han obligado tus leales instancias; mira ahora si me sobraba razon para ocultarte el verdadero motivo de mi melancolía.

Oí con grandísimo dolor y no menor admiracion una cosa tan extraordinaria, conociendo que la máquina del pobre señor estaba fisicamente alterada. Señor, le dixé: ¿y quién sabe si todo eso procede de debilidad, en fuerza del cortísimo alimento que toma V. E.? Eso mismo temí yo al principio, me respondió, y para experimentar si provenia de la gran dieta á que me habia reducido, comencé á comer mas de lo ordinario; pero no por eso desapareció la sombra que me persigue. Ya desaparecerá, repliqué para consolarle. Si V. E. se quisiere disipar un poco dignándose de volver á divertirse algunos ratos con sus fieles criados, no dudo que esos negros vapores se desvaneciesen del todo.

Pocos dias despues de esta conversacion cayó enfermo el Conde, y conociendo él mismo que el mal se iba haciendo serio, mandó que

que viniesen de Madrid dos Escribanos para disponer su testamento. Vinieron con ellos tres famosos Médicos, de quienes se decia que habian curado algunos enfermos. Luego que se divulgó por el lugar la venida de los Doctores, fueron universales las lágrimas, y los gemidos, dando todos por cierta y cercana la muerte de su señor. Los Médicos traxeron consigo un boticario y un cirujano, executores ordinarios de sus recetas y decretos. Estos dexaron á los Escribanos hacer su oficio, y despues entraron ellos á hacer el suyo. Gobernados al parecer por los mismos principios que el Doctor Sangredo ordenaron sangrias sobre sangrias, de manera que reduxeron á los últimos al pobre enfermo al cabo de seis dias, y al séptimo le librarón para siempre de sus molestas visiones.

La muerte del Ministro causó en todo el Lugar un vivísimo dolor. Sus criados desde el primero hasta el último le lloraron amargamente. Lejos de consolarse en su pérdida por la memoria que hizo de todos en su testamento, no hubo siquiera uno que no renunciase gustoso al legado que le tocaba por verle restituido á la vida. Yo que era el predilecto entre todos, y que por pura inclinacion me habia entregado todo á su persona, sentí su falta mas que todos juntos. Dudo mucho que la pérdida de mi querida Antonia me hubiese costado tantas lágrimas.

CAPITULO XII

Lo que pasó en el Lugar de Loeches despues de la muerte del Conde Duque, y partido que tomó Gil Blas.

Fue enterrado el Ministro en el Convento segun él lo habia dispuesto, sin mas pompa ni ostentacion que el llanto universal de sus criados, y vasallos. Despues de los funerales la Condesa viuda hizo que se leyese el testamento á presencia de toda la familia, quedando toda agradecida y contenta. A cada uno dexó el difunto una manda correspondiente al empleo que tenia, siendo la menor no menos que de dos mil pesos. A mí me dexó diez mil en prueba del singular amor que me profesaba. No se olvidó de los hospitales; y fundó aniversarios en diferentes Conventos.

La viuda envió á Madrid todos los criados para que cada uno cobrase de su mayordomo D. Ramon Caporis lo que le correspondia: pero yo no pude partir con ellos porque me detuvo de siete á ocho dias en el Lugar una fuerte calentura, fruto natural de lo que me affligió aquella pesadumbre. No me abandonó en todo aquel tiempo el buen Religioso confesor de mi vene-

rado amo. Habíame cobrado amor este digno Sacerdote, y luego que me vió convallecido me preguntó qué pensaba hacer de mi persona. Padre Reverendísimo, le respondí, no sé que le diga á V. Paternidad, porque en este punto no estoy aun de acuerdo conmigo mismo. Algunos ratos me viene gana de encerrarme en una celda para hacer penitencia por mis pecados. Preciosísimos momentos, respondió el Padre. Señor Santillana, ¡y qué bien haria Vmd. en aprovecharse de ellos! Aconséjole como amigo que sin dexar de ser secular se retire para siempre á algun Convento.

En la actual disposicion en que me hallaba no me pareció mal el consejo de aquel Religioso; pero no queriendo resolverme de repente pedí á su Reverencia tiempo para pensar y para hacer mis reflexiones. Poco despues vino á visitarme Scipion, consulté el punto con él, exponiéndole el consejo que el Padre me habia dado, y mi propension á abrazarle. Quita allá, respondió prontamente torciendo el hocico y haciendo gestos. ¡Y es posible, señor Santillana, que Vmd. se incline á semejante retiro! ¿Pues no tiene en su quinta de Liria otro mucho mas solitario y agradable? Si en otro tiempo quedó tan enamorado de él, mucho mas le agradecerá ahora en que la edad mas madura y mas reflexiva es también la mas propia para admirar y dexarse embelesar de los inocentes y bellisimos objetos que presenta en los campos á

nuestros ojos la madre naturaleza. Poco tuvo que hacer el hijo de la Cusculina en persuadirme á que mudase de parecer. Púseme luego de parte del suyo, diciéndole; amigo, mas has podido tú que el Padre confesor de nuestro amo difunto. Veo con efecto que me hallaré mejor en mi casa, y así declárome por este partido. Volverémonos á Liria luego que mi salud me permita emprender el viage, lo que puede tardar poco, pues ya estoy sin calentura, y en breve tiempo espero recobrar-me. Así sucedió; y luego pasamos á Madrid Scipion y yo. No me alegró la vista de aquella capital tanto como me alegraba antes. Sabiendo que era casi universal el horror con que se oía el nombre de un Ministro á quien tanto habia yo debido, no me era posible mirarla con buenos ojos; y así solo me detuve en ella cinco ó seis dias que necesitó Scipion para disponer todo lo necesario á nuestro viage. Mientras él atendia á esto yo me fui á ver con Caporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los recibidores de las Encomiendas sobre que yo tenia mis pensiones; arreglé con ellos el modo de librarme los pagamentos; en una palabra puse en órden lo mejor que pude todos mis negocios.

El dia antes de partir pregunté á Scipion si se habia despedido de Don Enrique. Respondióme que sí, y que aquella misma mañana se habian separado los dos en buena amistad,

sin

sin embargo que mostró algun sentimiento de que le dexase. La verdad es, añadió que si él estaba contento de mí, yo no estaba muy contento con él, y no basta que el amo esté satisfecho del criado, es menester que el criado lo esté igualmente del amo; no siendo así es indispensable que no vayan de acuerdo los dos: fuera de que Don Enrique hace ya muy mala figura en la Corte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el dedo, y ninguno sabe darle otro nombre que *el hijo de la Genovesa*. Vea Vmd. ahora si para un mozo de honra seria cosa de gusto servir á un amo desacreditado.

Partimos en fin de Madrid al amanecer, y tomamos el camino de Cuenca. Iba ordenado el equipage de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas con un calesero. Seguian tres machos cargados de ropa y dinero con otros tantos mozos de mulas: tras de estos venian montados dos fuertes lacayos escogidos por Scipion, y armados bien. Los mozos llevaban tambien sables, y el calesero un par de pistolas en el arzon de la silla. Como eramos ocho hombres, y los seis de mucho valor y de gran resolucion, me puse en camino alegremente y sin el menor cuidado. Al pasar por los Lugares hacian tanto ruido las campanillas y cencerros de los machos y mulas, que los paisanos salian á las puer-

310 *Las Aventuras de Gil Blas.*

puertas á ver la comitiva, que les parecía ser de algun Grande que iba á tomar posesion de un Vireynato.

CAPITULO XIII.

Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria; tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una dama.

Tardé quince días en llegar á Liria, porque no habia precisión de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me excitó algunos tristes pensamientos, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos de mí, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen, lo que no fue difícil, porque al cabo de tantos años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Luego que me apeé en mi casa vinieron apresuradamente á saludarme Beatriz, muger de Scipion, y su hija Serafina: despues de esto el marido, la muger, y la hija parecian querer ahogarse unos á otros dándose recíprocos



Vuelve Gil Blas á su hacienda de Liria, tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada serafina, y se enamora de una dama.